

cliné respetuosamente para dejarla subir; pero mirando que un jóven, tambien vestido de luto que le acompañaba se habia quedado atras, me aventuré tímidamente á ofrecerle el brazo. Lo aceptó, y no sin mucha fatiga subió la primera escalera, adonde en breve la alcanzó su compañero.

Saludé y me retiré, continuando mi ascension hasta el último cuerpo de la torre.

Cuando bajé, los dos viageros habian ya desaparecido; pero movido por la curiosidad registré el libro en que el inspector del monumento hace que inscriban sus nombres los viageros que lo visitan y encontré los nombres siguientes:

“María Amelia, reina de Francia. El duque de Aumale.”

Tengo muy presente la venerable fisonomía de la viuda de Luis Felipe; pero no puedo ni aun recordar la de su hijo, pues apenas le ví un minuto, sin fijar la atencion en él.

Cuando volví algunos meses despues á pasar para Southampton, el castillo de Claremont estaba desierto y Luis Napoleon con un competidor menos habia subido á la Presidencia y ponía el pié en las gradas del trono imperial.

VI.

EL PALACIO DE CRISTAL.

Volví á la estacion del camino de fierro, preocupado con la aparicion de ese general sin soldados y de ese viejo rey sin trono que habia sido actor y testigo de los sucesos mas grandes y mas notables de fines del siglo XVIII y del siglo XIX. En su juventud visitó los bosques de América, donde vivian diseminados, luchando todavía contra las tribus salvages, apenas tres millones de habitantes, y á su muerte dejaba esas colonias de puritanos transformadas en una nacion con veinte y seis millones de habitantes, con la primera marina mercante del mundo y con un rango superior en la política y en el comercio, al de muchas de las mas antiguas monarquías de Europa.

Luis Felipe habia visto pasar la república y sus demagogos, la dictadura y sus generales, el impe-

rio y esa multitud de príncipes y de duques guerreros que Napoleon sacaba de las filas de los soldados y no abandonaba, sino poniéndoles una corona de rey en la cabeza. Pero todo esto habia pasado y se habia desvanecido como un sueño, y todos esos grandes personajes con cuyo nombre se han llenado y se llenarán todavía las páginas de muchos libros, habian desaparecido los unos en el cadalso, los otros en un destierro, los demas en el olvido y en la miseria. El mismo Luis Felipe habia pasado rápidamente su reinado y veía desde su destierro elevado en su propio palacio, al hijo de Hortencia y al descendiente de esa belicosa dinastía que fundó Napoleon con el poder de su talento y con la punta de su espada.

Estas reflexiones me habian hecho olvidar á Londres, bien que como sucede frecuentemente en los caminos de fierro, habia transitado largo rato por entre paredes de ladrillo y cascajo, sin poder percibir sino de vez en cuando la copa de un árbol ó la flecha de la torre de alguna iglesia cercana.

El tráfico, el movimiento de carretas y coches, la multitud de casas de campo esparcidas en todas direcciones por uno y otro lado del camino, las grandes hortalizas y sembrados y la existencia de muchos ganados, me dió á entender que estábamos cerca de la metrópoli de Inglaterra.

Mas como me figuraba yo que una ciudad tan estensa como Londres debia verse á una considera-

ble distancia procuraba observar por todos los puntos del horizonte y solo distinguia una nube inmensa de color amarillento, que se elevaba desde el campo y oscurecia el azul del firmamento.

Seguimos durante una hora atravesando unas campiñas planas y perfectamente cultivadas, presentándose de uno y otro lado á cada paso, de esas escenas campestres cuya belleza y cuyo encanto consiste en su propia sencillez. Ya era una pequeña capilla gótica cubierta toda su portada de madreselva y de pasionarias; ya una casa de campo colocada en medio de un grupo de acacias; ya las chozas modestas, pero aseadas y pintorescas de los labradores, rodeadas de las vacas que mugian y de los corderos que huian espantados al acercarse el locomotor.

Por fin, dejamos atras los campos y las aldeas, y penetramos entre esa nube densa que parecia salir del cráter de un volcan. Comenzamos á ver fábricas, casas, iglesias, calles, y aunque el tren pasaba rápidamente, las calles y las plazas se nos reproducian como por obra de magia. Si dejábamos atras algunas calles, no era sino para encontrar otras nuevas y mas espaciosas. Así llegamos á la estacion de *Vauxhall*, donde salieron algunos pasajeros y entraron otros, continuando entónces nuestro camino no por la llanura fértil y pintoresca que acabábamos de dejar, sino por encima de

una arquería de fierro y ladrillo que pasa por las calles y atraviesa los edificios en un espacio de cuatro ó cinco millas, de manera que á veces desde el carruage se puede tocar la campana de muchas de las torres, ó pasar á las habitaciones altas de la ciudad.

En este camino, que atraviesa una gran parte de la poblacion y que está de noche perfectamente iluminado con gas hidrógeno, se han gastado sobre 500.000 libras por cada milla, no tanto por el costo de la magnífica arquería sobre que está construido, cuanto por el valor de los terrenos que ha sido necesario comprar.

Cosa de las dos de la tarde llegamos á la estacion del puente de Lóndres, que es una de las mas estensas y concurridas en todos tiempos, particularmente en esa época en que habia un movimiento de ochenta ó cien mil personas, que iban ó venian del continente, por las líneas de vapores establecidas entre Southampton, el Havre, Ostende, Hamburgo y otros puntos.

Desde el mismo momento de llegar á Lóndres, se podia notar la especie de vértigo que se habia apoderado de toda la Europa con motivo de la exposicion. Todos los carruages de diferentes hechuras y tamaños, tenian en las portezuelas inscripto un letrero con letras visibles á gran distancia: "*A la Exposicion.*"

Todas las tabernas y tiendas tenian arriba de las puertas letreros semejantes. Todas las gentes, desde el pueblo bajo hasta los grandes señores, no hablaban mas que de la Exposicion, elogiando unos las maravillas que contenian, y tratando otros de acudir á verlas con tanta precipitacion y empeño, como si fuese el último dia que estuviese abierta.

Los doscientos ó trescientos pasajeros que habiamos llegado en el tren con nuestro correspondiente cargamento de baules, sacos y sombreros, que en su totalidad podrian componer muy cerca de quinientos bultos y que veniamos los unos de las Américas, los otros de la India Oriental, de España, de Italia ó de Francia, no teniamos mas que un solo pensamiento, y era salir de la estacion del camino de fierro y arrojarnos en medio de ese mundo inmenso que se llama Lóndres y que nos prometia tantas sorpresas y tantas maravillas.

Como una vez que se pone el pié en los Estados- Unidos ó en Europa, es fuerza sacudir la pereza de los trópicos, so pena de perder un baul ó un saco, quedarse sin asiento en la ópera, ó sin sopa en la mesa, hice lo que todos los demas, es decir, me dirigí al carro de los equipajes, procuré descubrir todo lo que me pertenecia, arreglarlo de manera que nadie pudiera equivocarse, y cuando me fué entregado, procuré vigilar que un cochero lo colocara todo bien asegurado en el techo y pescante, y

ya tranquilo, abandoné á todos mis compañeros de viaje y tomé mi dirección.

Quando monté en el coche de alquiler, el cielo se habia cubierto de nubes y algunas gotas de agua comenzaron á caer. Al pasar por el magnífico puente de Lóndres apenas pude distinguir, confundidas por no decir casi desvanecidas entre la niebla, la cúpula de San Pablo de un lado y del otro las torres góticas de la vieja abadía de Westminster. En la primera posada donde me acomodó un amigo dejé mis baúles, y sin reconocer el local donde habia de pasar la noche seguí mi camino para la Exposición. De la estación del puente de Lóndres al parque donde estaba situado el palacio de cristal habrá una distancia quizá de nueve millas; pues bien, esas nueve millas de calles ya angostas, ya muy anchas, estaban literalmente cubiertas de coches de alquiler, de elegantes calesas, de ómnibus tirados por cuatro ó seis caballos y que llevaban diez y ocho ó veinte personas dentro, y otras tantas en el techo, de pequeñas y elegantes carretelas manejadas por señoras; y en fin, de grandes carretas conducidas por caballos normandos, cuyo tamaño y fortaleza parecen fabulosas.

Por mucho tiempo en lugar de ver las calles formadas de altísimos edificios y llenas de tiendas y de multitud de objetos que llamaban la atención, estuve preocupado con la idea de que no podría yo llegar á la Exposición felizmente, porque mi car-

ruage seria roto y despedazado en medio de aquella confusión indescribible de que no creía salir sino por obra de milagro.

La lluvia entre tanto habia aumentado, la niebla era mas densa, y la tristeza y melancolía de un cielo sombrío formaba un contraste marcado con la animación y con la alegría de la ciudad.

Debo á un amigo que me recibió á mi llegada á Lóndres, uno de los recuerdos mas gratos de mi vida, á lo que contribuyó no poco el cochero cuyo carruaje tomamos.

Los cocheros de Lóndres, cuando están de buen humor, lo que muy raras veces sucede, comprenden que el extranjero necesita verlo todo, observarlo todo, y gozar de las escenas mas pintorescas y de las vistas mas interesantes. Nuestro cochero estaba de buen humor y comprendió todo esto.

Yo quedé tan satisfecho, que al entrar á la puerta del parque lo despedí poniéndole media guinea en la mano.

Después de atravesar mas de la mitad de Lóndres, entramos en una calle ancha formada de uno y otro lado de magníficos edificios, algunos de los cuales tenían la apariencia de unos palacios.

Esta calle se llamaba *Picadilly*.

No sin mucho tiempo y trabajo pasamos la calle de *Picadilly*, pues en ella los carruages formaban tantas hileras cuantas permitia la anchura y

no podían caminar sino muy poco á poco. Por fin, torcimos por un angosto callejon que se forma de uno de los laterales del palacio del duque de Wellington y en pocos minutos salimos á una amplia y espaciosa calzada de olmos, de fresnos y de chopos.

Por donde quiera que la vista se dirigia no se veían sino prados espaciosos cubiertos de un césped fino y brillante, grupos de árboles y calzadas que parecían interminables. La lluvia misma comunicaba á esta escena cierto interes y cierta poesía tan cándida y tan fresca, como el paisaje interesante que mi vista iba recorriendo.

Este lugar es una de las grandes alamedas ó paseos públicos de Lóndres, que se llama *Hyde Park*.

Tomamos rectamente una de las vistosas calzadas, la recorrimos largo rato, pasamos, segun recuerdo, una ó dos garitas con sus rejas de fierro, y nos encontramos á las orillas de un grande estanque de agua cristalina donde se bañaban algunos cisnes blancos como los copos de la nieve.

Frente del lago se elevaba un alto y estenso edificio con un pórtico dórico, y tres series de pisos con altas ventanas. Desde la puerta del edificio hasta el lago, se inclinaba dulcemente el terreno cubierto de verdura, y bordado al derredor de grupos de árboles copados y que tenían á cierta dis-

tancia el aspecto salvaje de los bosques vírgenes de América. En ese momento la lluvia habia disminuido, y el sol rompiendo la espesa masa de nubes hacia brillar de una manera espléndida todo aquel paisaje, matizado con infinita variedad de verdes.

Este edificio era el palacio de Kessington, donde nació la reina Victoria.

Nos internamos por aquel bosque, y en efecto, aunque los árboles estaban colocados á cierta distancia unos de otros, su follage era tan espeso y tan frondoso, que en algunos puntos los rayos del sol no penetraban.

Una vez que atravesamos esos bellos árboles, divisamos no un estanque, sino un rio ancho, caudaloso y cristalino. En medio del rio se mecía graciosamente una pequeña fragata.

Ese rio se llama *Serpentine*, y es formado artificialmente para dar un aspecto mas imponente al terreno inmenso que ocupa el parque.

La fragata, que es un primoroso modelo que ví despues con detenimiento, pertenece al príncipe de Gales, hijo mayor de la reina.

A los cinco minutos de haber andado por las orillas del rio *Serpentina*, descubrimos un edificio que como por la distancia se veía en proporciones reducidas, se habria creído de pronto el capricho de un artista digno de colocarse en un salon, ó la

creacion de una maga para el entretenimiento de un príncipe oriental.

Reluciente, ligero, frágil, apoyado y sostenido por columnas delgadas, flotando en sus agujas vistosos gallardetes y banderolas, rodeado de árboles frondosos, y teniendo por espejo el rio tranquilo y cristalino, necesitaban todos los que por primera vez veían este espectáculo, reflexionar, mirar y volver á mirar para no creer que lo que tenían delante era un sueño.

Este era el Palacio de Cristal.

A medida que nos acercábamos al edificio, tomaba dimensiones colosales, y esa multitud de gente que vagaba en la inmensa alfombra verde del parque se precipitaba en tropel por las puertas del palacio.

Descendimos del carruage y dimos una vuelta al derredor del edificio, para observar por todo el exterior este prodigio de la industria, digno de ser visto, aún cuando ningun objeto hubiese contenido en su interior.

El panorama en las cercanías era tambien variado, lleno de vida, de animación y de brillantes coloridos.

No pasaba un minuto sin que se presentase un ómnibus, y apenas el cochero contenía sus caballos, cuando del techo, del pescante y del interior, descendían precipitadamente robustas y frescas mu-

chachas, vestidas con la mayor propiedad y elegancia, gruesos campesinos con sus enormes cuellos de camisa que parecían propios para sostenerles las orejas, su gran paraguas de género algodón, su agudo frac negro y su sombrero alto, cubierto á veces en la copa de un forro de encerado para preservarlo de la lluvia.

Al mismo tiempo, los que ya habían visitado la Exposición, se apresuraban á entrar al ómnibus para obtener el mejor lugar, y esto ocasionaba no disputas ni riñas, como podría creerse, sino un movimiento y animación difíciles de describir.

Esto era en la orilla de la acera de la calle donde se reunían en línea recta un número tan crecido de carruages, que probablemente pasarían en algunas horas del día de mil quinientos á dos mil.

En la calzada del parque, reservada para la nobleza, el espectáculo era de otra naturaleza. Constantemente se veían llegar espléndidos carruages, con escudos de armas en las portezuelas y en los pescantes, y conducidos por cocheros vestidos de libreas, pelucas de polvo y sombreros de tres picos. A veces esos carruages eran tirados por dos ó tres troncos de caballos de la raza mas fina y mas pura de Inglaterra.

De esos carruages descendían regularmente algunas señoras vestidas con el mayor lujo, en-

vueltas en un finísimo chal de cachemira, que al entrar á la puerta del palacio, depositaban en manos de los lacayos. Solian á veces llegar en esos coches ó una multitud de niños conducidos por su preceptor, ó un Lord tan opulento quizá como rollizo y rubicundo, que apesar de la lluvia y del lodo de la calzada, ántes de entrar debajo del pórtico se dirijia con el lente á ecsaminar unos trozos de carbon de piedra de mas de cuatro varas de alto, por dos de espesor, que estaban colocados en el costado del palacio. Volvia el Lord despues de diez minutos de ecsámen, dando fuertes patadas al subir los escalones para quitarse el lodo, y exclamando *beautiful, beautiful*. (*)

Todos estos elogios eran no al palacio de cristal, como podria creerse, sino al trozo de carbon de piedra.

Con mucho disgusto abandoné el lugar desde donde veía ese variado panorama y mezclado á la nobleza, á la clase media y al pueblo, subí las gradas del pórtico, que guardaban haciendo centinela, los granaderos de la reina. Toda la guardia se componia de jóvenes muy altos, robustos y bien formados. Vestian casaca larga encarnada, pantalon blanco, gorra de pelo y correa blanca.

Las entradas eran tres ó cuatro; pero en cada una de ellas habia colocada una pequeña máquina

(*) Hermoso, hermoso.

que permitia solo la entrada ó salida de una sola persona. A mi turno, que llegó despues de media hora, entré. Una doble puerta de fierro labrada primorosamente seguia á las entradas pequeñas.

La primera intencion de todos los que por primera vez entraban, era querer verlo todo de una mirada, y abarcar en un solo momento todo el inmenso conjunto. El edificio, las fuentes de mármol y cristal, los árboles, las plantas, las flores, la multitud de objetos de mil colores brillantes, espuestos en las galerías, las mugeres hermosas con sus semblantes llenos de animacion, todo esto formaba un conjunto sorprendente que dejaba un momento absortos aun á los mismos parisienses, acostumbrados al lujo, al movimiento y al ruido de la vida pública de los *boulevards*.

A derecha é izquierda de la entrada estaban las galerías destinadas á la India Oriental, llenas de armas estrañas y raras, de multitud de formas y tamaños, de telas brillantes, de grandes abanicos de pluma, y para completar el cuadro de la grandeza india, habia un elefante disecado ensillado con el rico palanquin de seda y oro que usan los *naabas*.

De los departamentos de la India seguian los de Bélgica, Austria, Rusia, Inglaterra, el Canadá y las islas Británicas. La espalda del edificio estaba ocupada con la exposicion de los Estados Unidos, y que se distinguia por una enorme águila pintada, teniendo en sus garras la bandera de las *ra-*